





15.

Gemini: las flores gemelas

Todo era perfecto: un esposo perfecto, una casa perfecta, un jardín perfecto; cosechas, animales y vecinos igualmente maravillosos, en un pequeño pueblo cerca de la Ciudad Blanca de Xantara.

Cierto día, la dedicada y bondadosa esposa comenzó a cuestionarse sobre aspectos trascendentales de su vida, temas que parecían carecer de importancia ante la indiferencia de su apuesto y adinerado esposo. Al no contar con su apoyo, se dirigió a sus vecinas, quienes la censuraron al instante, temerosas de ser contagiadas por aquel peligroso “malestar mental”.

—Estás perdiendo la cabeza —le decían con desdén.

—Deberías descansar. Tal vez es el calor del verano; este año ha sido más intenso que el anterior. Tu cabeza debe haberse sobrecalentado —, agregaron.

La mujer insistía. Deseaba encontrar respuestas a algo que no comprendía del todo, pero que sentía importante. No entendía por qué todos se alarmaban cada vez que intentaba cuestionar su vida perfecta. Su comportamiento empezó a tornarse errático y desconfiado, hasta que su suspicacia se transformó en obsesión.

Fue entonces cuando Edward -su esposo- y la comunidad comenzaron a considerar que algo en ella no marchaba bien; empezaron a notar cosas fuera de lo común.

—Pero ¿qué es lo normal hoy en día? —expresó ella, al sentirse observada por el ojo público.

Ella intentó convencer a su marido de que su “locura” no era más que una percepción alimentada por los comentarios ajenos. Fue así, como le suplicó apoyo, y él, con mirada firme y dulce, le aseguró que todo estaría bien. Edward le propuso que pudieran huir juntos a un lugar mejor, lejos de aquella chusma ignorante; que su amor podía vencerlo todo y que esa misma noche partirían, si ella así lo deseaba.

Fue como quitarse un gran peso de encima. Suspiró, sintiendo que su cuerpo era tan liviano como una hoja danzando en el viento otoñal. Dispuso sus cosas y salió al encuentro de su esposo para huir de aquella pesadilla. Él la esperaba en el pórtico, cabizbajo y sollozando en silencio. Ella se inclinó hacia él y le susurró algo suavemente al oído. El hombre se quebró en llanto, y de pronto, las sombras cobraron vida. Brazos oscuros surgieron de la nada y la apresaron con fuerza, arrastrándola lentamente. Entre lágrimas, gemidos y suspiros, su esposo se disculpó con desesperación:

—Lo siento, lo siento... ¡lo siento mucho! Tenía que reportar la anomalía..., en verdad lo siento.

—¡Dame otra oportunidad!, ¡Por favor!, ¡Prometo portarme bien! —le gritaba ella, horrorizada, mientras era arrastrada por las sombras.

Al día siguiente, la esposa estaba como nueva; pues no recordaba nada de los días anteriores y su vida volvía a ser perfecta. Pero con el paso del tiempo, la “anomalía” volvió a manifestarse. Comenzó a notar cosas fuera de lugar: los peces ya no volaban como antes, ni las hadas danzaban de flor en flor. Aquello la alertó sobre una realidad alterada. Angustiada, fue a su cuarto de aseo para tomar un largo baño de agua caliente con sales aromáticas, esperando calmar sus nervios. Pero ocurrió todo lo contrario, y el espacio comenzó a cerrarse lentamente; las paredes se estrechaban, obligándola a salir de la bañera de inmediato. Aún alterada,

intentó convencerse de que todo era una desagradable ilusión. Se puso frente al espejo, cerró los ojos por un momento y se concentró en su respiración, deseando que, al abrirlos, todo hubiese pasado como una mala alucinación.

Pero al abrir los ojos, su reflejo ya no era como lo recordaba. La imagen proyectada parecía no corresponderse con sus movimientos; quería liberarse, escapar, como si estuviera atrapada en una prisión al otro lado del vidrio. Aterrada, no podía apartar la vista de esa escena inquietante. Su reflejo demostraba independencia, desafiando su voluntad, y, sin éxito, comenzó a rasgar el espejo con las uñas. Entonces, comprendió que necesitaba otro método: inclinó la cabeza hacia atrás y golpeó con fuerza la superficie desde adentro, una y otra vez.

—¡Pum, pum, pum!

—¡Pum, pum, pum!

—¡Pum, pum, pum!

El espejo se resquebrajó en una delicada telaraña de cientos de fragmentos pequeños y medianos. La imagen se distorsionó por completo, revelando una red infinita de universos. Lentamente, ambas mujeres se acercaron, como intentando reconocerse. Al tocarse en sincronía, sus manos temblorosas sellaron un instante de revelación. Y entonces, un vacío profundo llenó su corazón, al pensar si acaso podrían coexistir en el mismo universo.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.